

Las lágrimas

PASCAL QUIGNARD

TRADUCCIÓN DE SILVIO MATTONI



Las lágrimas es una de las obras más delicadas y hermosas de Pascal Quignard. Una novela que toma la forma de una leyenda o un poema, en la que se narra el destino opuesto de dos gemelos, nietos de Carlomagno: Nithard, erudito, literato, escriba, y Hartnid, viajero, guerrero, vagabundo. Dos destinos, dos formas de estar en el mundo, dos fragmentos separados que, a medida que avanza el libro, forman un mismo tejido, una unidad, una armonía secreta bajo la cual se esconde la creación del mundo moderno, ya que cuenta el nacimiento de Europa como fértil encrucijada de culturas, un lugar donde el entendimiento entre los diferentes pueblos, la comprensión mutua de sus particularidades y de sus lenguas eran más importantes que las fronteras o los incipientes nacionalismos.

Un libro que entrelaza con elegancia mitos, cantos, poemas, cuentos, meditaciones, sueños, y nos sumerge en una neblina de ligereza y de incertidumbre, como si volviéramos a la materia primera de la que está hecha el mundo. *Las lágrimas* es una novela sobre el origen: de la creación, de la paz, de la literatura, pero, ante todo, sobre el origen de la lengua. Adentrarse en esta obra es como sumergirse en la fuente de donde brotan las astillas de eternidad que nos sostienen.

I. EL LIBRO DEL *HEIDELBEERMANN*

HISTORIA DE LOS CABALLOS

Antiguamente los caballos eran libres. Galopaban por la tierra sin que los hombres los desearan, los encerraran, los reunieran en los desfiles, los enlazaran, los apresaran, los uncieran a carros de guerra, los enjaezaran, los ensillaran, los herraran, los montaran, los sacrificaran, los comieran. A veces los hombres y los animales cantaban juntos. Los largos gemidos de unos provocaban los singulares relinchos de los otros. Los pájaros bajaban del cielo y acudían a picotear los restos entre las piernas de los caballos que sacudían sus magníficas crines, entre los muslos de los hombres que echaban hacia atrás sus cabezas, sentados en el suelo, alrededor del fuego, que comían ávidamente, ruidosamente, excesivamente, que golpeaban súbitamente sus manos en cadencia. Cuando el fuego se había apagado, cuando habían terminado de cantar, los hombres se levantaban. Porque los hombres no dormían de pie como lo hacían los caballos. Entonces limpiaban en el suelo las huellas de sus escrotos y de sus sexos, que se habían depositado allí. Volvían a subir a sus caballos y cabalgaban por toda la superficie de la tierra, por las orillas húmedas de los mares, por los bosques bajos y primarios, por los páramos ventosos, por las estepas. Un día, un hombre joven compuso este canto: «Salí de una mujer y me encontré frente a la muerte. ¿Dónde se pierde mi alma por la noche? ¿En qué mundo reside?

Resulta pues que hay un rostro que nunca vi, que me persigue. ¿Por qué vuelvo a ver ese rostro que no conozco?».

Solo, partió a caballo.

De repente, cuando estaba galopando a pleno día, se hizo de noche.

Se inclinó. Con espanto acarició la crin que cubría el cuello de su caballo y su piel tibia y temblorosa.

Pero el cielo se volvió absolutamente negro.

El jinete tiró de la cadenita de bronce de las riendas. Bajó del caballo. Desenrolló en el suelo una manta confeccionada a partir de tres pieles de reno sólidamente anudadas entre sí. Ató los cuatro extremos de la manta para proteger, lo más completamente posible, tanto a él mismo como la cara de su caballo. Volvieron a partir.

El aire estaba inmóvil.

Súbitamente, la lluvia se abatió sobre ellos.

Avanzaban lentamente, buscando con la vista, los dos, su camino entre el estrépito y el agua atronadora.

Llegaron a una colina. Ya no llovía más. Tres hombres estaban atados a unas ramas en la oscuridad.

En el medio, un hombre completamente desnudo, con una corona de espinas en la frente, aullaba.

De manera misteriosa, otro hombre, con la punta de una caña, le alcanzaba una esponja a los labios. A su lado, al mismo tiempo, un soldado hundía una lanza en su corazón.

HISTORIA QUE LE SUCEDIÓ A HAGUS

Un día, mucho después, siglos después, cuando caía la tarde, mientras estaba solo, a pie, y llevaba detrás de sí a su caballo de la brida por la ribera del Somme, en la penumbra que empezaba a llegar sobre el río, se detuvo.

El hombre había divisado a un arrendajo muerto sobre un montón de pizarra.

Estaba casi a diez metros del río que corría en silencio. Había un aliso.

Sobre el montón de losas de pizarra despegadas, grisáceas, que estaban expuestas al sol poniente, un arrendajo estaba tendido bocarriba, con las alas bien abiertas, el pico abierto.

El caballo resopló. Pero el hombre acarició la larga y pesada cabellera que cubría su espinazo.

Hagus, que era el barquero del río, ató su barca al tronco del gran aliso. Fue a ubicarse junto al jinete intrigado y el caballo inmóvil. Con su pértiga apoyada en el hombro, cruzó su mirada con las miradas de ellos.

Porque había algo extraño en ese arrendajo muerto.

Entonces Hagus sacó fuerzas de flaqueza y se acercó al pájaro de alas azules.

Pero se paralizó casi de inmediato porque el arrendajo levantaba regularmente sus plumas negras y azul intenso. Se ladeaba un poco al respirar. Actuaba del siguiente modo: ora se giraba hacia la orilla y la barca y el follaje del aliso y el río; ora hacia los cardos y el jinete paralizado por su visión y el caballo inmóvil y ansioso.

En verdad, el arrendajo ofrecía sus plumas coloridas al calor del último sol.

Las secaba.

Luego, en menos de un segundo, hizo una pirueta, se volvió a apoyar sobre sus patas y de un salto salió volando y se encontró encaramado en la punta de la pértiga del barquero de río.

Entonces Hagus oyó, sobre su hombro, que tenía que dejar este mundo.

Giró la cabeza hacia el pájaro que lo miraba y que lanzaba su grito horrible, después se dio vuelta hacia el jinete pero ya no había nada a su lado. El jinete y el caballo se habían ido sin que los hubiese visto desaparecer.

Súbitamente el pájaro desplegó de nuevo sus alas negras y azules, dejó su palo —que era la pértiga de Hagus apoyada en su hombro— y alzó el vuelo.

El pájaro se internó en el cielo.

De manera progresiva, el carácter de Hagus se ensombreció. Empezó descuidando su servicio en la orilla del río.

Abandonó su barca entre los juncos. Dejó que la lluvia la invadiera con el agua de las tormentas. Al cabo de dos estaciones, su mujer y su hijo se cansaron de su tristeza, hablaron juntos febrilmente, agarraron sus cosas, partieron. Entonces Hagus, que renunciaba a la compañía de los suyos, se apartó de sus prójimos. O más bien no se dirigió más a los seres humanos. Evitaba la luz demasiado intensa. Todo lo que era visible le daba miedo. Incluso los rostros de los animales, que le parecían reprobatorios, y los rehuía. Tomaba desvíos para no cruzar la mirada con un cernícalo de pico completamente amarillo o con los ojos de una rana que trataba de atraerlo por medio de su canto en la noche cálida sobre la pradera.

LA CAJA DE CONCIERTO

Antiguamente había un hombre un poco cojo que llevaba sobre su espalda una caja de madera con compartimentos. Iba de aldea en aldea. Apoyaba la caja sobre una piedra o sobre el tronco de un árbol, o sobre un baúl, o sobre un banco, y entonces desplegaba cuidadosamente la tapa. Se contaban doce agujeros. Cada uno contenía una rana. Por la noche, levantaba la cabeza y nombraba a Van Sissou. Era como una plegaria que el hombre del pie estropeado lanzaba hacia el cielo. «¡Habla, Van Sissou!», exclamaba, y le pedía a un niño que se encontraba allí que tomase una jarra y derramara el agua sobre cada cabeza. Las ranas cantaban.

—Si calláis —les decía a los niños y alas diversas poblaciones que se aglomeraban entonces provenientes de los campos y las sendas del bosque, que lo rodeaban y se apretaban unos y otros contra él para examinar el interior de su caja—, escucharéis un carillón oscuro.

Entonces, incluso los niños se callaban, escuchaban el canto que poco a poco se elevaba y sus ojos se humedecían porque todos habían conocido a alguien en el otro mundo.

Algunos murmuraban «¡Mamá!» y se hundían en su regazo. Decían en voz baja: «¡Mamá! ¡Mamá!».

NACIMIENTO DE NITHARD

Antiguamente, el día en que Nithard nació, el conde Angilberto —que era el padre del niño, que también era el padre abad de la abadía de la bahía de Somme consagrada a san Ricario— agarró al niño cuando salía chorreando del vientre de Berta y dijo: «Párpados que levantas por primera vez, plegando tu piel tan frágil mientras desnudas tus dos grandes ojos húmedos a la luz, te bendigo en nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu». Fue entonces cuando surgió un nuevo grito. Había un gemelo en el vientre de Berta: se podía ver la frente amarilla que empujaba contra la pared del vientre y que ya aparecía entre los grandes labios violáceos de Berta, justo por debajo de la mata de pelos rubios que cubría su piel tensada al máximo hasta el ombligo. El conde abad Angilberto trató de agarrarlo. Pero el recién nacido estaba particularmente empapado. El cuerpecito viscoso se debatía en todos los sentidos y se resbalaba como una anguila entre sus manos. El abad gritó: «Oye tú, que empiezas a buscar asideros por todas partes en la naturaleza, que despliegas dedos minúsculos y que aprietas con tanta tenacidad y fervor la gran mano de quien te con-

cibió hace ya varias estaciones, te bendigo también. Es un signo que nos envía Dios al repetir el nacimiento de Nithard en este rostro que se le parece mucho más de lo que podría hacerlo una sombra: ¡lo reitera casi como un reflejo! ¡Dios quiso un compañero para sus días tal como él mismo tenía a Juan, que dormía sobre su hombro!».

Tras haber pronunciado estas palabras, procedió al segundo bautismo y lo llamó Hartnid.

LA CONCEPCIÓN DE NITHARD

Antaño, nueve meses antes de que Nithard naciera, una tarde en que estaban ocultos de las miradas detrás de las madre selvas amarillas y blancas y las grandes glicinas azules, la hija del emperador, que se llamaba Berehta o Berta, tomó la mano del conde Angilberto y le dijo:

—Entra en mí.

Y repitió:

—Entra en mí. Te amo tanto.

Levantó su túnica. Entonces él entró en ella.

Ella gozó.

Él también obtuvo tanto placer que la penetró por segunda vez.

Ella gozó.

Esto pasó antes del nacimiento de Nithard y de Hartnid. Sar, la chamana de la bahía de Somme, improvisó en aquellos tiempos este poema:

—Porque si a los pájaros les gusta cantar, también les gusta oír los cantos.

Les gusta oír el mar del Norte que rompe bajo el acantilado de caliza y se callan poco a poco ante las olas que se elevan y que rompen contra la arena, que arrastran con ellas produciendo, al corroerla, la pared vertical y blanca.

El simple estremecimiento de las cañas en el agua estancada de las lagunas que bordean la bahía los atrae.

Los pájaros se acercan a los prados salados y a los cañaverales. Penetran en ellos. Se complacen en acompañar los cantos que allí produce el viento profiriendo sus trinos.

Ahora bien —dijo Sar—, la lluvia,
cuando cae sobre las hojas del bosque,
intimida sus picos, en cambio.

Disminuye sus variaciones y baja el tono de los sonidos que vociferan.

A veces los chubascos y los chaparrones los suspenden.

Los gorjeos ceden por completo su lugar a los estrépitos y a los estruendos.

Todos los pájaros responden, e incluso su sorprendente silencio responde cuando llegan a callarse.

Todos los pájaros modulan su canto según el acompañamiento que ofrece el lugar a los movimientos y a la resonancia particular que organizan sus extraños mandatos.

Casi no tintinean arpegios cuando el sitio está sumido en la niebla.

Ningún desgranamiento de reclamos se lanza dos veces bajo las nubes.

Los graves se difunden más lejos que los agudos en el mundo de los pájaros, como el dolor en el nuestro.

Los lentos se distinguen más fácilmente que los rápidos.

Yo, Sar, lo digo:

Los signos de los pájaros son más dulces que la pena que vosotros sentís.

Son más comprensibles para mi oído que las lenguas que articulan los hombres a los cuales asisto cuando están

poseídos y giran sobre sí mismos sin saber qué hacer con su sufrimiento en el sufrimiento.

HARTNID ENAMORADO

Un día, Mateo el Evangelista escribió en Evangelio XIII, 1: «*In illo die, Iesu, exiens de domo, sedebat secus mare*». (Un día, Jesús, tras haber salido de su casa, se sentó a la orilla del mar). Un día, Hartnid, tras haber salido de su casa, se sentó a la orilla del mar. De pronto se alzó el viento y levantó la arena. Tenía trece años. Había allí una barca. Subió a la barca. Izó la vela en el mástil. Navegó en dirección al oeste, después giró hacia el norte y soltó el timón. Se durmió. Entonces fue a la deriva durante mucho tiempo. Cruzó el mar. Desembarcó en Arklow. En la bahía de Arklow, Hartnid encontró a un santo que vivía bajo una piedra.

Hartnid dibujó en la arena un rostro y le preguntó al santo:

—¿Conocéis este rostro?

Pero el ermitaño le respondió:

—No conozco ese rostro. ¿Por qué me lo preguntáis? Tampoco os conocía a vos ni a vuestro cuerpo ni a vuestro rostro cuando os vi hace un rato, desde la puerta de mi cabaña de piedras, anclando vuestro barco, bajando vuestro bote por medio de una soga, remando, remolcando vuestro pequeño bote sobre el barro salobre y los fragmentos de caparazones rotos de la costa.

—Porque busco a la mujer que tiene este rostro sobre sus hombros. Esa es la razón de mi viaje. Mi propio rostro no importa. Porque mi rostro ya existía en este mundo cuando vine a este mundo.

La princesa Berehta (Berta, que era la madre de Hartnid) decía en el nuevo palacio de su padre, en Aix-la-Chapelle, en el año 813:

—Creo que su cabeza se quedó vacía. El amor lo trastornó apenas le creció el vello en las piernas y cubrió este sus mejillas. Otro cuerpo distinto del suyo se le subió al cerebro aunque yo no sepa dónde obtuvo esa visión. Por lo menos, cuando tenía doce o trece años, una imagen se formó en su cabeza y se aferró a ella. No se extinguió cuando llegó el amanecer y él se levantó de su lecho. A partir de ese instante ya no quiso ver más a su hermano. Esa imagen se convirtió en un furor tal que ya no oye nada de lo que le dicen. Quiere recobrar ese rostro. Nadie puede permanecer frente a mi hijo sin quedar estupefacto por lo que le ha pasado. Ama a alguien.

Así es como la princesa Berta justificaba la partida de su hijo ante el más joven de sus gemelos, que se llamaba Nithard. Porque entre los gemelos, el concebido antes es el último que sale. Y fue así como Hartnid, que era otra manera de escribir Nithard, a quien había concebido y nombrado Angilberto, a quien había cargado y alimentado Berta, dejó la Francia marítima.

FRATER LUCIUS

Uno de los monjes del monasterio de Saint-Riquier, el que les enseñó sus letras, tanto griegas como latinas, a Nithard al igual que a Hartnid, que era un excelente copista, que era incluso la mejor mano del monasterio para ornar las letras bizantinas, para simplificar de la manera más pura las letras carolingias, se llamaba Frater Lucius. Se había enamorado de un gato totalmente negro. El gato era tan bello

y pequeño como una hermosa y diminuta corneja de los bosques. Tenía unos ojos adorables. A decir verdad, se parecía más bien a un grajo de los sembrados porque su hocico estaba manchado de blanco. El Hermano Lucius no veía la hora de terminar su jornada, de acabar su copia, de dejar el *scriptorium* cuyas sedes, sin embargo, se calentaban con pequeños hornillos de brasas donde los monjes apoyaban sus pies y donde el calor se acumulaba bajo sus ropas. Pero poco importa el calor: Frater Lucius solo deseaba volver a su celda y abrir el batiente de madera de su ventana para que apareciera y saltara y hundiera su hocico helado en el hueco de su cuello. No tenía en la cabeza nada más que a su gato. Solo soñaba con sus caricias, caricias a su vez tan ávidas de caricias, y con sus murmullos tibios, ronquidos, gritos atenuados, ronroneos, siseos, pequeños lametones rasposos, ojos que se guiñan en el consentimiento y que se cierran a medias en el reposo y en la ternura.

Frater Lucius no tenía en la mente más que su miradita seductora y su naricita conmovedora.

Apenas cerraba detrás de sí la puerta de su celda, se sacaba su capucha. Una vez quitada la capucha, abría el postigo de madera y ya el gato estaba saltando sobre su hombro y tocaba con su pata su mejilla como si lo acariciara.

Ni siquiera era necesario que susurrara su nombre en la noche sobre todos los tejados del monasterio. El gato saltaba sobre su hombro y ya ronroneaba.

Se acostaban los dos sobre su jergón de paja cubierto de pieles y dormían juntos.

El hermano hundía la cara en su pelaje. Respiraba con dificultad pero le parecía que revivía. Hablaban juntos. Eran felices. Se amaban.

LA ABADÍA QUE RESTAURÓ ANGILBERTO

Cuando el emperador le ofreció la fuente de Saint Marcoul, el capitel de piedras secas y reunidas sin juntas que la remataba, la vieja ermita de San Ricario, el rey chamán, que había sido erigida a su lado, y por último las construcciones más recientes de la abadía que los rodeaban, al conde y abad (*abbas et comes*) Angilberto, le otorgó unas dependencias hasta la orilla del mar, por debajo de Quentovic. Era en los años 790. Harán al-Rachid ya era el califa de la gran ciudad de Bagdad. Carlomagno todavía no era emperador. Nadie en el mundo lo llamaba aún Carolus Magnus, ni Carlos el Grande, ni Karel der Grosse. El joven rey de los francos no quiso como yerno al conde que tenía en sus manos el ducado de la Francia marítima. Deseó enseguida reintegrar a Berta a su corte. Amaba a Berta más que a ninguna de las otras princesas y aun más que a sus esposas. Lo que al conde Angilberto se le ocurrió decirle a la princesa Berta cuando, al transmitir el pedido que le había hecho su padre, lo rechazó para siempre, fue lo siguiente:

—Es posible que las mujeres y los hombres no conozcan dos veces el deseo. No estoy convencido de ello, ni en el caso de las mujeres, ni en el caso de los hombres, pero es posible.

Los peces a los que llamamos salmones mueren justo en el instante en que experimentan el goce, cuando es la primera vez de sus vidas en que lo encuentran. En el instante en que sus cuerpos y sus aletas se mezclan con la fuente de los montes donde fueron concebidos, sus viejos cuerpos impregnados de semen, todavía temblando en la voluptuosidad, mueren. Vos señalasteis que me pasó algo semejante entre las madreselvas, cuando nos encontramos a la sombra de los densos racimos de glicinas azules que nos ocultaban de la vista de los otros miembros de la corte. Nuestros cuerpos temblaban en la felicidad exactamente como lo hacen los animales cuando tienen miedo. A veces se grita en el último instante, cuando el alma se escapa, como se grita al nacer, cuando el cuerpo descubre la luz del

sol. Y sucede que gritemos en el placer, cuando el agua que contenemos de pronto se derrama. Es posible, en efecto, que no aprendamos demasiadas cosas al vivir. Por el momento, vuestro padre solicitó que no nos tocásemos más. En lo que me concierne, ese príncipe es un amigo y yo soy un compañero leal. En cuanto a vos, es vuestro padre y vos sois una hija dichosa y amorosa. Él tiene bastante con sus hijos y los hijos de sus hijos y teme por la sucesión del inmenso reino que impacientemente atesora la voluntad de aumentar. Vos os uniréis a la corte palatina de sus mujeres en Aix. Nuestros cuerpos ya no temblarán ni de felicidad ni de temor. Cuidaré de nuestros hijos y los trescientos monjes que he reunido en mi abadía los instruirán con la misma solicitud, e incluso con más diligencia, que todos los otros duques de la tierra. Las mujeres que trabajan en los hornos, que lavan, que secan la ropa blanca, que cultivan, que plantan, que cosechan en el terreno rectangular, los querrán.

La princesa Berehta le respondió al conde Angilberto, convertido en padre abad de la abadía de Saint-Riquier:

—Nosotras, las mujeres..., nuestra vida no es feliz. El tiempo en que somos mujeres es demasiado breve. Somos demasiado tiempo niñas, después somos mujeres durante un período tan corto, somos demasiado rápido madres, perdemos una extensión interminable de tiempo en hacernos viejas y en quedar, con un pie en el aire, todas empolvadas, dudando en naufragar en el océano de la muerte. Además, el ciclo de nuestra fecundidad está desagradablemente contado si lo comparamos con la duración de nuestra existencia. Los cuidados que requieren los pequeños que salen de nuestro sexo son repetitivos y groseros. Por eso pienso esto: el tiempo de las madres y de las abuelas es demasiado extenso, a tal punto que se torna molesto y casi repulsivo. En este sentido, no estoy descontenta de volver junto a mi padre, a la edad en la que estoy. Amigo mío, conservadme vuestro servicio, puesto que ya no que-

réis acostaros cerca de mi carne, puesto que ya no queréis llevar vuestra boca a mi pecho y chuparlo un poco, vaciado, al caer la noche, puesto que ya no queréis entonar vuestro gemido en el hueco de mi hombro. Pero ahora voy a deciros lo que creo que es lo peor. Lo más terrible que hay en la existencia que llevan las mujeres es que amamos a los hombres mientras nos desean. Cada una de nosotras se entrega por completo a uno de ellos mientras que ellos olvidan que están en nuestros brazos inmediatamente después de habernos penetrado y corren a comunicar por todas partes lo que no saben nunca.

LA ESCENA DEL BAÑO EN EL GRAN SALÓN

Hartnid tomaba su baño en su bañera de madera en el gran salón colmado de penumbra. Oyó una voz de mujer a sus espaldas.

—¡Cierra los ojos cuando te toque!

Hartnid cerró los ojos y respondió a la voz:

—Hice lo que me pediste. Tengo mis dos párpados bajos. Haz lo que te dispones a hacer.

Entonces la mujer que se llamaba Wicklow lo agarró de los hombros y entró en la bañera.

Él abrió los ojos. La miró. Ella era muy hermosa. Le dijo:

—Ya no tendré que cerrar los ojos cuando te acerques a mí.

—Por desgracia.

—Serás mi única mujer. Eres tan hermosa. Eres la primera mujer que descubro desnuda. Soy incapaz de imaginar la desnudez incluso de aquella cuyo rostro busco. Serás la única de la que poseeré la plena e indecente apariencia y la colocaré cerca del retrato que se fijó no sé por qué, antes, en mi corazón.

La mujer pareció triste.